

EL SACERDOCIO

EN EL AT

La institución del sacerdocio ocupa un puesto considerable en los libros del AT. El hecho no es sorprendente, puesto que el sacerdote es el encargado de las relaciones con Dios. Siendo Israel el pueblo de Dios, las relaciones con Dios revisten en Israel una importancia particular.

1 ORÍGENES.

El sacerdocio no aparece enseguida en la Biblia. Para dar culto a Dios, Abrahán no se dirigía a un sacerdote. Él mismo ejercía para su familia las funciones culturales: construía altares (Gen 12,7s; 13,18; 22,9) y ofrecía sacrificios (22,13); de manera semejante Isaac (26,25) y Jacob (28,18; 31,54). Los primeros sacerdotes mencionados en la Biblia son extranjeros: Melquisedec, rey de una ciudad cananea y sacerdote (14,18); los sacerdotes egipcios (41,45; 47,22), un sacerdote madianita (Éx 2,16). Para Israel se habla de sacerdotes solamente cuando se ha convertido en pueblo. Pues el sacerdocio es un caso de especialización social. Los sacerdotes ejercen el culto de Dios en nombre del pueblo.

a) Levitas. En Israel las funciones culturales fueron confiadas a los levitas. Los textos más antiguos relativos a Leví no hacen referencia al sacerdocio (Gen 34,25-31; 49,5ss); pero la bendición pronunciada por Moisés sobre la tribu de Leví atribuye a esta tribu las diversas funciones sacerdotales (Dt 33,8-11). La tradición referida en Jue 17 demuestra que se reconocía a los levitas una competencia especial para el culto (Jue 17,7-13).

- Se les confirió el sacerdocio por haber defendido la fe en YHWH

- Sustituyeron a los primogénitos (Nm 3, 12)

Estas tradiciones expresan la necesidad de una representación del pueblo para ejercer las funciones culturales.

Según el Pentateuco, el sacerdocio propiamente dicho fue confiado a "Aarón y a sus hijos" (Éx 28,1; Lev 8,1). Aarón, hermano de Moisés, era de la tribu de Leví. Los otros levitas fueron dados a Aarón para ayudarlo en las tareas secundarias (Núm 3,5-10). Las genealogías de los libros de las Crónicas relacionan con la descendencia de Aarón a los sumos sacerdotes del templo

de Jerusalén (1 Crón 5,27-41; 24,1ss). Así se afirmaba el principio del sacerdocio hereditario, que aseguraba la continuidad de la institución.

A diferencia de los profetas, cuya vocación no dependía de su origen familiar, sino de una iniciativa imprevisible de Dios, los sacerdotes y los levitas eran tales en virtud de su pertenencia a una familia sacerdotal o levítica.

c) Nombre. En hebreo, sacerdote se dice **kohen**. El sentido primitivo de este nombre no se conoce. Algunos lo relacionan con el académico **kánu**, inclinarse. El sacerdote sería el hombre que se inclina en adoración ante la divinidad.

Otros, en cambio, piensan en el hebreo **kún**, estar derecho, y definen al sacerdote como un hombre que "está delante de Dios" (Dt 10,8).

Otros todavía relacionan el término con una raíz atestiguada en siriaco, que expresa el concepto de prosperidad; el sacerdote es el hombre que, por medio de la bendición, procura la prosperidad.

En griego, kohen ha sido traducido por hieréús, término emparentado con hieras, sagrado: el sacerdote es el hombre de lo sagrado.

2. FUNCIONES SACERDOTALES. Los textos bíblicos atribuyen a los sacerdotes una gran diversidad de funciones, sin preocuparse de explicar sus relaciones con algún concepto central:

- La adivinación y el oráculo
- La enseñanza
- El culto sacrificial
- La pureza ritual
- La bendición
- . La custodia del Santuario

4. EVOLUCIÓN HISTÓRICA. En el curso de los siglos se observa, respecto al sacerdocio, una doble evolución, que aumentaba su importancia en la vida del pueblo de Dios.

a) Sentido de la santidad. Varias experiencias religiosas, personales y colectivas, aumentaron en Israel el respeto a la santidad de Dios. La obra de los profetas fue decisiva al respecto, lo mismo que la de los reformadores religiosos del templo de Josías. De ello se siguió una nueva organización del culto y del sacerdocio, que ponía de relieve un monoteísmo intransigente. En lugar de la multiplicidad de los santuarios antiguos, fue considerado legítimo

un solo santuario; todos los demás fueron equiparados a templos paganos, y por tanto destruidos. Se unificó y jerarquizó el sacerdocio.

b) Sacerdocio y poder. Paralelamente a esta evolución hacia un exclusivismo cada vez más marcado, tuvo lugar un incremento de poder. Después de la vuelta del destierro, el sumo sacerdote asumió una posición de autoridad no solamente religiosa, sino también política. Lo atestigua el Sirácida cuando alaba al sumo sacerdote Simón por haber asegurado la defensa de Jerusalén construyendo "las fortificaciones de la ciudad para caso de asedio" (Si 50,4). En el siglo n a.C, la revuelta contra los seléucidas fue dirigida por una familia sacerdotal, los asmoneos, los cuales, después de la victoria, conservaron el poder político. El título griego de archiereús, sumo sacerdote, fue adoptado entonces, expresando en aquellas circunstancias el cúmulo de los poderes (IMac 10,20s; 13,41s).

c) Espera escatológica. Amargamente decepcionados por la evolución del sacerdocio, ciertos ambientes del judaísmo ponían sus esperanzas en la espera de un sacerdocio renovado. El profeta Malaquías, que vituperaba los defectos de los sacerdotes (Mal 2,1-9), había también anunciado una purificación de los hijos de Leví (3,3). Otros textos proféticos podían alimentar la misma esperanza.

II. EN EL NT. Respecto al sacerdocio, el NT contiene dos series de textos netamente diversos: por una parte, textos que hablan de la institución sacerdotal antigua; por otra parte, textos que afirman el cumplimiento cristiano del sacerdocio.

I OPOSICIÓN SACERDOTAL. Los escritos narrativos del NT (evangelios y Hechos) no dan jamás a Jesús ningún título sacerdotal. Cuando hablan de sacerdotes y de sumos sacerdotes, es siempre en relación al sacerdocio judío (excepto en una perícopa, donde se trata de un sacerdote pagano: He 14,13)

Según las dos categorías sacerdotales: **simples sacerdotes** o bien **autoridades sacerdotales**.

En el caso de simples sacerdotes, no se observa ninguna tensión; los evangelios reconocen sus atribuciones; Lucas nos muestra al sacerdote Zacarías en el ejercicio de sus funciones (Lc 1,8s); los sinópticos refieren que Jesús mandó a un leproso curado que se presentara al sacerdote e hiciera la ofrenda prescrita (Mc 1,44). En los Hechos, Lucas cuenta que "incluso muchos sacerdotes abrazaban la fe" (Hch 6,7).

Muy diversa se presenta la situación en el caso de los principales sacerdotes y del sumo sacerdote. Se los menciona en la primera predicción de la pasión, en la cual Jesús declara que debía "padecer mucho por parte de los ancianos del pueblo, de los sumos sacerdotes y de los maestros de la ley" (Mt 16,21).

Para traicionar a Jesús, Judas "fue a los sumos sacerdotes", los cuales "le ofrecieron treinta monedas de plata" (Mt 26,15). En el proceso de Jesús ante el sanedrín, el sumo sacerdote tiene el papel decisivo (Mt 26,62-66).

Tradiciones semejantes se refieren en el cuarto evangelio (Jn 11,49s; 18,35; 19,6).

En los Hechos, la hostilidad de los supremos sacerdotes recae sobre la comunidad de los discípulos de Jesús, y especialmente sobre los apóstoles (Hch 4,6; 5,17s; 9,1s;etc).

2. POSICIÓN DE JESÚS. A primera vista, la relación entre Jesús y el sacerdocio antiguo había sido negativa a causa de esta oposición de las autoridades sacerdotales a su persona y a su obra. No era fácil percibir alguna relación positiva, porque ni la persona de Jesús, ni su ministerio, ni su muerte respondían al concepto antiguo de sacerdocio. Como el sacerdocio estaba reservado a la tribu de Leví y se transmitía por vía hereditaria, Jesús, que pertenecía a la tribu de Judá, no era sacerdote según la ley mosaica. Nunca durante su vida pretendió ser kohen ni ejercer función sacerdotal alguna.

Su ministerio no fue de índole sacerdotal, sino más bien profética. Comenzó a predicar como lo habían hecho los profetas. A veces se expresaba, como ellos, con acciones simbólicas. También sus milagros recordaban el tiempo de los profetas Elías y Eliseo (multiplicación de los panes, Mt 14,13-21, comparable a 2Re 4,4244; resurrección del hijo de una viuda, Le 7,11-17, como IRe 17,17-24; 2Re 4,18-37). Jesús fue reconocido como maestro (Mt 22,16; Jn 3,2) y profeta, y hasta "gran profeta" (Le 7,16.39; Mt 21,11.46; Jn 4,19; 6,14). Después de la resurrección, Pedro proclamó que Jesús era el profeta semejante a Moisés, prometido por Dios en Dt 18,18 (Hch 3,22).

Jesús continuó la tradición profética de crítica al formalismo religioso, en la cual quedaban involucrados los sacerdotes. Hacía poco caso de la pureza ritual (Mt 9,10-13; 15,1-20), rehusaba dar un valor absoluto a las prescripciones que se referían al sábado (Mt 12,1-13; Jn 5,16-18; etc.) y no aceptaba el concepto antiguo de la santificación por medio de separaciones rituales. Haciendo suyo el dicho de Oseas: "Misericordia quiero, que no sacrificios" (Os 6,6; Mt 9,13; 12,7), Jesús observaba, según afirma Mateo,

que entre dos modos de servir a Dios, uno con ritos y separaciones y el otro con entrega al prójimo, Dios mismo había expresado su preferencia por el segundo. A las inmolaciones rituales, Dios prefería la misericordia.

Desde el punto de vista de la religión antigua, **la muerte de Jesús** aumentó todavía más la distancia entre él y el sacerdocio, pues esta muerte no tuvo relación alguna con el culto ritual.

Jesús no murió en un ambiente sagrado, sino fuera de la ciudad santa; su muerte fue una pena legal, la ejecución de una condena infamante. No fue un acto de santificación ritual, sino, al contrario, un acto de execración, que hacía de él una maldición (Gál 3,13; Dt 21,22s).

No es, pues, de extrañar que la predicación cristiana primitiva no hablara de sacerdocio a propósito de Jesús. En su persona, en su ministerio, en su muerte, los cristianos no encontraban relación alguna inmediata con la institución sacerdotal antigua.

3. MISTERIO DE CRISTO Y CULTO. Jesús fue reconocido como el mesías davídico (Hch 2,36), lo cual era más fácil, porque Jesús pertenecía a la tribu de Judá y a la descendencia de David. Mas el mesianismo davídico no carecía de conexiones con la institución cultural. El oráculo de Natán, base de este mesianismo, anunciaba en efecto que el hijo de David construiría la casa de Dios (2Sam 7,13).

Los cuatro evangelios reproducen esta predicción de una forma nueva. El tema de la destrucción y de la reconstrucción del santuario ocupa un puesto significativo en los relatos sinópticos de la pasión. Con ello una misión que se refiere al culto quedó propuesta como parte integrante del misterio de Cristo (Jn 2,13-22; Mc 14,58; 15,29.38).

Por otra parte, los relatos de la última cena contienen un episodio de inmenso alcance para la relación con Dios. Tomando el cáliz, Jesús dijo: "*Ésta es mi sangre de la alianza*" (Mt 26,28).

Tal gesto con tales palabras no estaba ciertamente previsto en el ritual antiguo; constituía una innovación sorprendente. Pero la unión de "sangre" y de "alianza" recordaba el sacrificio de alianza referido en Ex 24,6-8, y en consecuencia, daba una determinación sacrificial al acto de Jesús, y por tanto a su muerte, que este gesto anticipaba.

La reflexión cristiana descubrió estos aspectos. Pablo da testimonio de ello al expresar la incompatibilidad entre los cultos sacrificiales, el de la eucaristía y el de los ídolos (ICor 10,14-22). Una renovación radical del culto hay que

reconocerla en los acontecimientos de la institución eucarística, de la pasión y de la resurrección de Cristo.

También la fecha de la muerte de Cristo sugería su carácter sacrificial, pues la ponía en relación con la inmolación del cordero pascual (Mt 28,2; Jn 18,28; 19,4). En ICor 5,7 Pablo proclama: "*Cristo, nuestro cordero pascual, ya ha sido inmolado*". En Rom 3,25 emplea otras palabras tomadas del culto sacrificial: "*A Jesucristo, Dios lo expuso públicamente como propiciatorio, por medio de la fe, en su sangre.*"

Se descubre en la Primitiva Tradición una comprensión sacrificial de la pasión y resurrección de Cristo.

4. SACERDOCIO DE CRISTO. Decir que Cristo ha sido víctima inmolada por nuestros pecados no resuelve aún la cuestión de su relación con el sacerdocio. Pues en el sacerdocio antiguo, víctima y sacerdote eran necesariamente distintos.

El autor de la carta a los Hebreos afronta el problema en toda su amplitud, demostrando que Cristo no fue solamente víctima sacrificial, sino también sacerdote, e incluso sumo sacerdote, y que él conserva esta posición para siempre.

Para llegar a esta conclusión, el autor:

- por una parte, tuvo que superar el concepto entonces tradicional del sacerdocio, no cerrándose en las formas rituales externas, sino percibiendo **su intención profunda**;
- y tuvo además, por otra parte, que reexaminar los datos fundamentales de la cristología hasta descubrir su relación con la intención profunda de la institución sacerdotal.

Sabedor de las dificultades del problema, observa el autor: "*Es sabido que nuestro Señor nació de la tribu de Judá, la cual no es mencionada por Moisés al tratar de los sacerdotes*" (Heb 7,14); "*por tanto, si estuviese sobre la tierra no sería sacerdote en modo alguno, porque ya hay encargados de ofrecer los dones según la ley*" (8,4).

No es posible atribuir a Cristo el sacerdocio ritual antiguo. No obstante, es preciso reconocer que Cristo es sacerdote, porque:

1. ha llevado a cabo una obra de mediación entre los hombres y Dios
2. ocupa ahora una posición de mediador.

En el misterio de la pasión y de la glorificación de Cristo es fácil discernir las tres fases de la mediación sacerdotal: ascendente, central y descendente.

a) Experiencia cristiana. En las diversas etapas de su demostración, el autor comienza regularmente por la fase central, la que se refiere a la admisión del sacerdote en la morada de Dios. Es decir, los fieles son invitados a contemplar a Cristo sentado a la diestra de Dios (1,4-14), glorificado y proclamado "digno de fe" (3,1-6), "siempre vivo para interceder en su favor" (7,25).

El punto de partida de la exposición es, pues, la experiencia actual de la comunidad cristiana, la cual sabe que debe su existencia a Cristo glorificado, el cual la pone en relación íntima con Dios. Pues Cristo es al mismo tiempo Hijo de Dios entronizado junto al Padre (1,5-14) y hermano de los hombres, de los cuales se ha mostrado plenamente solidario hasta la muerte (2,516).

Unido íntimamente a Dios, unido íntimamente a nosotros, es el mediador perfecto, por lo que hay que reconocerlo como "sumo sacerdote misericordioso y fiel ante Dios" (2,17). Los cristianos no se encuentran en una situación inferior a la de los judíos; tienen un sumo sacerdote (3,1s; 4,14).

c) Sacrificio de Cristo. Para completar la argumentación, el autor considera la fase **ascendente** del sacerdocio de Cristo, o sea el acontecimiento que llevó a Cristo a su actual posición sacerdotal.

El hecho de haber sido Cristo desde siempre el Hijo de Dios no bastaba para asegurarle el sacerdocio; era necesaria una estrecha unión con los hombres para hacer de él el mediador perfecto.

Por eso Cristo "debió hacerse en todo semejante a sus hermanos", tomando sobre él sus pruebas, sus sufrimientos y su muerte, "para convertirse en sumo sacerdote" (2, 17). ***La pasión gloriosa de Cristo constituye para él un sacrificio de consagración sacerdotal.***

No se trata, evidentemente, de un rito externo, como era la consagración del sumo sacerdote antiguo (Lev 8), sino de una transformación radical de la naturaleza humana de Cristo.

Esta transformación real se llevó a cabo por medio de sufrimientos aceptados generosamente en una actitud de docilidad a Dios y de solidaridad con los hombres.

Dios hizo perfecto al hombre en Cristo por medio de la pasión (2,10). Jesús "en el sufrimiento aprendió a obedecer" y "así alcanzó la perfección", siendo por el hecho mismo "consagrado" sacerdote (5,8s).

El autor profundiza de esta manera la doctrina cristológica, que presentaba la pasión de Cristo como un sacrificio. Cristo se ha convertido al mismo tiempo en víctima inmolada (cf ICor 5,7; Ef 5,2; 1 Pe 1,19) y en sacerdote consagrado.

En este acontecimiento no permaneció él pasivo, sino que cooperó activamente a la obra divina bajo el impulso del Espíritu Santo:

"Por virtud del Espíritu eterno se ofreció a sí mismo a Dios como víctima inmaculada" (Heb 9,14).

Su ofrenda no tiene solamente valor de sacrificio de consagración sacerdotal, sino también de sacrificio de expiación (9,26ss) y de alianza (9,15-22):

- Sustituye a todos los sacrificios antiguos (10,5-10) y
- hace pasar de un culto ritual, externo e ineficaz, a un culto existencial, que toma a todo el hombre para unirlo con Dios y con los hermanos.

En conclusión, es evidente que la pasión de Cristo no solamente es un verdadero sacrificio, sino el único verdadero sacrificio plenamente logrado; los demás eran intentos ineficaces. De manera semejante, no sólo se ha de reconocer a Cristo como sacerdote, sino que es el único sacerdote auténtico, el único mediador de Dios y de los hombres (ITim 2,5); los sacerdotes antiguos no hacían más que prefigurarle de modo muy imperfecto.

5. SACERDOCIO COMÚN. La fase descendente del sacerdocio de Cristo consiste en procurar a los creyentes la purificación de la conciencia (9,14), la santificación (10,10), la perfección (10,14), introduciéndolos en la "nueva alianza" (9,15), que los pone en relación íntima con Dios (8,1 Os).

a) Culto nuevo. Gracias al sacrificio de Cristo, la situación religiosa de los hombres se ha transformado completamente. Todas las separaciones rituales antiguas han quedado abolidas, porque Cristo ha inaugurado un "camino nuevo y viviente" (10,20), que permite el acceso a Dios. Lo que en los tiempos antiguos era privilegio exclusivo del sumo sacerdote una vez al año, se ha convertido en una posibilidad abierta a todos en todo tiempo. Ahora todos los creyentes son invitados a acercarse a Dios "con confianza" (4,16; 10,19-22) y a presentarle sus "sacrificios" (13,15s). Estos sacrificios no serán ya ritos separados de la vida, sino, a ejemplo del sacrificio de Cristo, ofrendas existenciales. Es decir, los cristianos están llamados a vivir como Cristo en la

obediencia filial, "cumpliendo la voluntad de Dios"(10,36; 13,21; cf 5,8; 10,7-9), y a progresar en el amor fraterno gracias a una solidaridad efectiva (10,24; 13,16). El culto nuevo es transformación cristiana de la existencia por medio de la caridad divina. Y como ese culto no es posible sin la unión con el sacrificio de Cristo, hay que reconocer un puesto esencial en la vida cristiana a la celebración eucarística, instrumento de esta unión (cf 10,19-25; 13,15). Unidos a Cristo, los cristianos participan del sacerdocio de Cristo. Sin embargo, el título de sacerdotes no les es atribuido en la carta a los Hebreos, que lo reserva para Cristo.

Pablo expresa una doctrina semejante en un pasaje importante de su carta a los Romanos, donde emplea un vocabulario sacrificial para expresar su ideal de vida cristiana: "Hermanos, os ruego... que ofrezcáis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios... No os acomodéis a este mundo; al contrario, transformaos y renovad vuestro interior" (Rom 12,1 s). Tampoco Pablo usa aquí la palabra "sacerdocio"; pero la realidad descrita constituye una forma nueva de sacerdocio.

b) Organismo sacerdotal. En cambio, Pedro aplica a la comunidad de los creyentes un título sacerdotal que encuentra en la traducción griega de Éx 19,6. El texto hebreo de esta promesa de Dios dice: "**Seréis para mí un reino de sacerdotes**". En lugar del plural "sacerdotes", los Setenta han puesto un nombre colectivo, ἱεράτευμα, que significa "organismo sacerdotal".

Este término se emplea en 1Pe 2,5.9 para calificar a la Iglesia. Gracias a su adhesión a Cristo en su misterio de muerte y resurrección, los creyentes son "**edificados como piedras vivientes en casa espiritual y organismo sacerdotal santo, para ofrecer víctimas espirituales agradables a Dios por mediación de Jesucristo**" (1 Pe 2,5).

Con estas palabras proclama Pedro el cumplimiento en la Iglesia de la espléndida promesa hecha a Israel. No se trata, como se pretende a veces, de un sacerdocio de cada uno de los creyentes, de modo individual, sino de un sacerdocio poseído por todos juntos de un modo orgánico.

Lejos de ser excluida, la presencia de una estructura en este "organismo sacerdotal" es más bien sugerida por el contexto. Pues la construcción de un edificio no es posible sin una estructura (cf Ef 2,19-21; 4,11-16).

Cuáles son los "sacrificios espirituales", no se precisa. La doctrina general de la carta permite comprender que consisten en una "conducta buena" (2,12) y santa (1,15), conforme a la obediencia de Cristo y a la inspiración del Espíritu (1,2).

6. SACERDOCIO MINISTERIAL. El sacerdocio común de los creyentes no existe sin la mediación sacerdotal de Cristo; todos los textos del NT lo atestiguan claramente (IPe 2,5; Ap 1,6; 5,10; Heb 7,25; Rom 5,1; Ef 2,18; etcétera).

Atestiguan igualmente que la mediación de Cristo se hace presente en la diversidad de los lugares y de los tiempos por medio de los ministros de Cristo.

- La facultad de éstos no es de origen humano, sino divino (2Cor 3,5s).
- Dios mismo los hace "**ministros idóneos de la nueva alianza**" (3,6).
- Ejercen "el ministerio de la reconciliación" (2Cor 5,19),
- no con autoridad propia, sino como "embajadores de Cristo" (5,20).
- Se los ha de considerar "ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios" (1 Cor 4,1).
- En nombre de Cristo "sumo sacerdote digno de fe" (Heb 3,1-6),
- Transmiten con autoridad "la palabra de Dios" (13,7). En nombre de Cristo "sumo sacerdote misericordioso" (2,17; 4,14),
- "velan por las almas" y deben "dar cuenta" de ellas.

Están, pues, estrechamente incluidos al sacerdocio de Cristo. Sin embargo, no reciben en el NT el mulo de sacerdotes. Se comprende una dificultad: los títulos de los dirigentes de la Iglesia primitiva se escogieron en un tiempo en el que la doctrina del sacerdocio de Cristo no se había elaborado aún; como sus funciones eran muy diversas de las de los sacerdotes del tiempo, judíos y gentiles, no podía ocurrírseles la idea de llamarlos sacerdotes. Sin embargo, después de la elaboración de una cristología sacerdotal resultaba posible, e incluso necesaria, una comprensión sacerdotal del misterio cristiano; ésta se abrió camino de modo enteramente natural en los tiempos posteriores al NT. En el mismo NT solamente está sugerida. Los textos más explícitos al respecto son los de 1Cor 9,13-14 y Rom 15,16; en el primero expresa Pablo una relación de semejanza entre los sacerdotes antiguos y los ministros del evangelio; en el segundo, el apóstol define en términos cultuales y sacrificiales su propia vocación; no emplea para sí mismo el título de hiereús, "sacerdote", que corría el riesgo de provocar un equívoco, sino que se sirve de una larga perífrasis, que describe el ministerio como una función sacerdotal de género completamente nuevo: "ser ministro cultual de Jesucristo" y realizar la "tarea sagrada de anunciar el evangelio de Dios, para que la ofrenda sacrificial de los paganos sea agradable a Dios, consagrada por el Espíritu Santo" (Rom 15,16). Así pues, el ministerio apostólico es un

ministerio sacerdotal al servicio del sacerdocio de Cristo y al servicio del sacerdocio común.

Así la relación íntima con Dios, que el sacerdocio antiguo intentaba fatigosamente establecer por medio de animales inmolados, se obtiene plenamente en la Iglesia en virtud de la ofrenda personal de Cristo, la cual comunica a todos los creyentes w\ poderoso dinamismo de docilidad filial para con Dios y de solidaridad fraterna con los hombres.